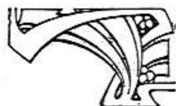
Año I Buenos Aires, 1. de Agosto de 1917 Núm. 9

ALBORADA



SUMARIO

ALBORADA




Revista de ciencias, sociología, literatura y arte

Director: Mario C. Marcial - Administrador: B. Pereira

AÑO I — BUENOS AIRES 1º DE AGOSTO DE 1917 — N.º 9

DIVAGACIONES

Para "ALBORADA"

Liquidación de antiguas normas es la actual guerra, ola bramadora a cuya pujante fuerza van cediendo todas las esclusas y cayendo, con atronador ruído, las enormes moles de los seculares diques de los prejuicios.

Nilo sagrado que al desbordarse inundará «con savia» fecundante las exhaustas campiñas de la sedienta tierra.

Huracán de plomo y sangre es, lógico y fatal, con que el Destino, esgrimiéndole a manera de látigo de fuego castiga a los hombres, por sus vicios y por sus crímenes.

Y no debemos mirarla más que sonrientes y serenos, los que llevamos los ojos puestos en lo porvenir, pese a la cohorte plañidera de poetas mercenarios, y de portavoces del «chauvinismo».

Los que caen y cayeron bajo el zarpazo sangriento y brutal de la tragedia, pagan tributo a sus cobardías milenarias y a sus inercias vergonzosas, porque el pueblo, supremo árbitro en estos trances difíciles de la humanidad, debió decidir, más aún, indicar cual era la verdadera ruta que debía seguirse; «voz popoli, vox dei», dijo alguien, y con mucha razón; más él, torpe e indolente prefirió ir al matadero, como un rebaño uncido al yugo de su ineptitud, y he ahí el premio.

El río de la vida se encauzaría maravillosamente si le dejaran marchar por su natural sendero; más el hombre, ese decrépito descendiente del rival del oso de la caverna, lleno aún de la ferocidad ancestral de sus antepasados, no quiso, no quiere que esa corriente siga su curso, y le pone trabas y la desvía, llevando cada cual el agua a su molino, como diría Pero Grullo; y el río se queja al ser desviado, y murmura cuando le estorban el camino, y protesta y grita y ruge iracundo cuando lo encierran, y agazapándose espasmódicamente como un león acorralado, araña la tierra, y agitándose convulsivamente, salta pujante y fiero, enloqueciendo de horror a cuantos se oponían a su paso, y he allí la actual guerra: Ese aplastante huracán de plomo y fuego, lógico y fatal, con que el Destino, esgrimiéndole a manera de látigo de fuego, castiga a los hombres por sus inercias, por sus egoísmos, por sus vicios y por sus crímenes.

Por eso debemos mirarla sonrientes y serenos, los que llevamos los ojos puestos en lo porvenir.

Mario Cataldo MARCIAL.

EL FIN DE LA ESCLAVITUD FEMENINA

Para «Alborada»

Esta gran guerra que seguramente la historia juzgará también como una de las más grandes revoluciones que se hayan conocido, ha tenido la virtud de resolver en pocos años, casi en meses, ciertos problemas que parecían irresolubles y de plantear otros, en los que ni siquiera se soñaba. Entre aquéllos se coloca en primera línea el de la emancipación del sexo femenino.

Hasta ahora, en este punto, los conceptos de la civilización cristiano-greco-ramana, como dice Unamuno, primaban absolutamente en la mente de los pueblos civilizados. La idea de la igualdad, después de haber hecho tanto camino en otros sentidos, en el transcurso del siglo pasado y en lo que vá del presente, parecía estacionada frente a tan importante proble-

ma. Apenas si algunos pueblos de raza sajona o británica, habían sido beneficiados con pálidas reformas que, en la mayoría de los casos no tendían a otro fin que al de aplacar los movimientos femeniles, que eran considerados por todos como la cosa más antipática del mundo.

Por otra parte, ni la misma mujer hacía gran cosa en el sentido de su liberación espiritual, es decir, de la verdadera liberación. Concretaba más bien sus ideales en vagas aspiraciones a ciertos derechos políticos, que bien podían y pueden serle concedidos sin que se alterase en los hechos la fisonomía moral y social del mundo. En una palabra continuaba, a pesar de sus desplantes, siendo la esclava que, a lo largo de los siglos, han hecho de ella, tal vez necesariamente, los hombres, valiéndose de los instrumentos modeladores del espíritu que son la religión y la educación.

Pero los pueblos o las colectividades, lo mismo que los individuos, pueden aprender en un día de intensa experiencia, lo que no pudieron aprender en siglos. Y es precisamente lo que ha sucedido en estos años de universal tragedia.

El inmenso rol, que ha desempeñado por necesidad y seguramente en contra de la voluntad del hombre,—que si hubiese podido hacer la guerra, prescindiendo de la ayuda del sexo débil, lo hubiera hecho sin duda—ha ensanchado al mismo tiempo que el campo de su actividad, el de su conciencia. Una mujer vale tanto como un hombre; he ahí la vesdad inmensamente simple que la guerra ha enseñado por todo, inclusive en los campos de batalla a los cuales la mujer comienza a afluir oficialmente y donde también empieza a actuar dentro de la misma esfera que aquél. Y así se puede decir que en los pueblos más adelantados de Europa, en Inglaterra y en Francia por ejemplo, la esclavitud femenina ha terminado de hecho. En cuanto al derecho, él vendrá como una consecuencia inevitable; comienza a venir ya, en medio de los tiempos extraordinarios que atravesamos.

¡Y de Europa las nuevas ideas han de irradiarse a América, de tal manera que este siglo verá la solución del viejo problema de la igualdad política y social de los sexos.

Pero las mujeres de América no deben esperar que los hechos se produzcan de por sí. Es necesario que las mejores de entre ellas tomen las iniciativas conducentes a agitar la cuestión en el continente.

Los revolucionarios de todos los matices, deben convencerse así mismo, que no es lógico pensar en una transformación del régimen capitalista actual, si no es sobre la base de la igualdad de los derechos de todos los individuos, de cualquier sexo que sean.

Juan E. CARULLA

La guerra y las ideas

Para «Alborada».

Para los que afirman que después de la guerra no se transformará el estado social imperante, generador principalísimo de la gran hecatombe europea, están los recientes sucesos rusos, en los cuales el espíritu revolucionario se ha impuesto definitivamente, haciendo desaparecer las caducas y ridículas concepciones llamadas divinas. Este hecho de una rotunda elocuencia, basta por sí solo, para evidenciarnos por anticipado, la radical transformación que en el orden ideológico y por lo tanto ético y político se producirá en el mundo, después de fenecida la gran tragedia, que hoy nos angustia.

Las continuas conmociones internas que está sufriendo el pueblo alemán, demuestra así mismo que el ciclo de las revoluciones liberadoras se aproxima también en aquel país para dar por tierra con la oligarquía militarista que domina y oprime con sus garras de acero al viril pueblo de Nieztche.

No está lejos, pues, el día en que ya extinguida la guerra, los pueblos comiencen la grande y necesaria obra

de reparación, ya por medio de sus propios gobiernos, que han visto de cerca, en forma palpable, el absurdo del presente estado social o ya por el impulso conciente y avasallador del propio pueblo, que harto de injusticias, de infames expoliamientos y de los enormes contrasentidos morales de los que gobiernan, se de a la tarea de emancipación anhelada, por los medios violentos. Y entonces habrá llegado la hora de la inevitable, de la esperada reparación, y aquellos que imbuídos de ideas opresoras y de concepciones arbitrarias las ponían en práctica para tiranizar al pueblo y detentar sus derechos y libertades serán meros monarcas, jefes de estado o caudillos políticos, que al igual de Nicolás II la sombra y la ignominia absorberá para siempre.

Los sucesos que actualmente ocurren en el mundo, la efervescencia de ideales de paz y de justicia, la evidencia dolorosa que significa la guerra mundial, el estímulo que representa para los pueblos oprimidos y vejados, el gesto salvador del pueblo ruso, y ese latente ese corrosivo espíritu de desconformidad, de inacallada protesta, que se levanta en los países en que la libertad y el derecho son ridículos y afrentosos simulacros, son signos bien manifiestos de que se aproxima una radical transformación en los destinos de la humanidad.

Hemos llegado, alentados por la esperanza, a un ciclo de la historia verdaderamente excepcional. Junto a una organización social, corroída, desquiciada, infamada por los que han tenido interés en perpetuarla, explende la luz de un nuevo y glorioso día. Y en ese día, día de redención, la humanidad un poco regenerada, un poco edificada en sus fundamentos esenciales, nos será más halagüeña, mucho menos angustiadora que hasta el presente...

Wifredo PI.

Montevideo.

Las gentes más dañinas de la sociedad son las que no se interesan por nada.

LA CONVICCION

Sí, no cabe duda; cuando la convicción es el resultado del conocimiento práctico y del propósito noble, joya es de inmenso valor; pero, cuando carece de fundamentos científicos y se extravía por los tortuosos senderos de las concepciones equívocas, nada hay tan perjudicial y nefasto como ella.

El hombre sentiría tedio hacia la vida, si lo ideal no le alentara, y no adquiriese en él carácter de firme convicción la suposición de poder realizarlo. Lo grave, es el error que comete al transformar en convicción de verdad, cualquier simple creencia, sin hacer preceder a ese acto del estudio y análisis debidos. Y el error es aún más grave por cuanto, en la generalidad de los casos, se trata de creencias que no se originan en él, sino que son trasmitidas de generación en generación y que tienen su origen, por lo común, en la ignorancia y la malevolencia, las que van perpetuándose e impiden así que el hombre pueda hallarse frente a frente con la verdad, la razón y la justicia.

Y es así como en el creyente dogmático, por ejemplo, la convicción resulta perjudicial, pues lo mantiene inaccesible, aún para las mismas verdades que los exámenes e investigaciones de la ciencia experimental hayan puesto al descubierto, si esas verdades atacan su dogma.

Tal es el caso del hombre ante el desenvolvimiento de las relaciones sociales, cuando pretende aferrarse fuertemente a los medios, o prácticas políticas, sin detenerse a estudiar si ellos responden a postulados elementales de la lógica y la razón. Y esto mismo pasa en las múltiples manifestaciones de la vida, en que el hombre se suicida sin advertirlo: es que las férreas mallas, de la superchería se apoderan de él desde los primeros albores de su inexperta infancia, y hasta los más ténues rayos de luz se empide que le lleguen poniendo en juego para ello a la superstición, el terror y la sombra.

De ahí procede el fanatismo patriótico, el religioso y la ceguera toda de la humanidad doliente, la que no acierta a dirigir la nave redentora con rumbo al puerto de salvación. La religión fomenta e intensifica la resignación; el Estado, con el Código y la Ley, acorrala en definitiva al hombre, no quedando de él más que el angustioso lamento, que se extingue lentamente, bajo el tacón de la bota del opresor.

La simulación de benevolencia, la aparatosidad, encandilan la inexperta mentalidad del pueblo productor, el que adquiere, si torpe y resignado, el título de «chusma» y de «populacho», si consciente y altivo, el de «subversivo» y «sedicioso»; premiándosele, en el primer caso, con el desprecio, en el segundo, con el cañón, el maüser y la bayoneta.

¡Pueblos!... no olvideis que la libertad y la felicidad humana están relacionados con el relativo grado de ilustración que poseais!

¡Pueblos!... no olvideis que vuestra ilustración y elevación moral no os la pueden brindar los templos religiosos ni las aulas de las universidades de los privilegiados; pues unos y otros, religiosos y privilegiados, necesitan perpetuar vuestra ignorancia y mansedumbre, única forma de ser ellos los amos y vosotros los esclavos!

Ser hombre no basta; profesar ideas tampoco; dignificarse en los sentimientos e integrarse en la personalidad, es lo que corresponde. Las ideas deben pasar por el crisol del estudio y examen para ser seleccionadas y sacar de entre ellas las de fundamento más humano y progresista: tal es la misión de las personas de elevados sentimientos y nobles cualidades.

Las personas de débil contextura moral, contemporizan con el presente régimen sin sentir náuseas ni repulsión. Son gentes despreciables, las que reconociendo que existen ideas superiores de perfeccionamiento humano, prefieren permanecer impasibles ante la lucha entablada.

No basta, no puede un hombre darse por satisfecho con decir: yo soy un hombre honrado, que no hago mal a nadie. ¿De qué sirve esa honradez si su indiferencia lleva envuelta parte de la responsabilidad que significa el no combatir las causas del sufrimiento universal?

Siglos y siglos ha que sufre la Humanidad las consecuencias de la baja y rastrera política que se proporcionó con el pretexto de garantizar la armonía y el orden. ¿Llenó la política tal misión? ¿Se ampliaron las libertades del hombre? ¿Es hoy la Humanidad feliz?

Sólo el anarquismo puede responder categóricamente a tales interrogaciones: la política no es más que un medio de prometer libertad y realizar la opresión. Ella robusteció el reinado de los «dirigentes», cuya obra se halla reflejada en el miserable estado de los pueblos; ella dió origen a los amos, a los siervos y a los lacayos; negando la posibilidad de una consciente y científica igualdad, echó las bases de la tiranía!...

Los que detestais la igualdad, no estais autorizados para hablarnos de «orden», de paz y de armonía. Tiranos, sólo gestais el desorden, la guerra, la esclavitud, la miseria. El mal llamado «orden» de vuestro régimen, está destinado a desaparecer, justamente por no ser tal. Lo combatimos. Y esto jamás lo haríamos con lo que fuese útil o bueno!

Gabriel BIAGGIOTTI.

DEL ANARQUISMO

LAS LEYES

Para «Alborada».

Muchos escritores, al atacar al anarquismo, afirman que, como todo en la naturaleza está regido por un conjunto de leyes que le son inmanentes, no se puede explicar la existencia de un estado social como el anarquismo, carente de leyes que regulen sus funciones y de gobierno que las cree y las imponga. Tal afirmación haría suponer «prima fa-

cie», que el anarquismo pretende modificar al universo torciendo el curso de los astros, variando las leyes de la gravitación universal.

El conjunto de leyes que rigen todo lo «creado», haciendo depender a unas partes de otras y a todas entre sí, dentro de la más sublime armonía, demuestra, así, la perfección de cada una de ellas. Y cabe preguntar, entonces, sí, socialmente, los hombres se rigen por leyes que se asemejen siquiera a las de la Naturaleza. La respuesta es categórica. Nó!

Las leyes humanas, en el concierto social de los pueblos, son transitorias y variables. Todas ellas perjudican a los organismos sociales, no sólo porque no se ajustan a la idiosincracia de los individuos sino también, y entre otras cosas, porque los encargados de «administrar», las interpretan y aplican de acuerdo con su criterio, criterio resultante de un estado psicológico, que, por cierto, debe inevitablemente diferir del de los demás individuos. Por otra parte, al establecer categorías sociales, al diferenciar los individuos entre sí, las leyes conceden prerrogativas y privilegios que hacen superiores a unos, inferiores a otros, subordinándolos entre sí, en perjuicio de la igualdad individual y violando abiertamente las disposiciones de las leyes naturales, las que han colocado al hombre en un plano de absoluta igualdad con respecto a sus semejantes. Y de esta violación, más que de ninguna otra causa, provienen todas las desgracias que afligen a la humanidad. Todos los apetitos, todos los egoísmos, todas las bajas pasiones tienen ahí su origen. Nuestras enfermedades psíquicas no reconocen quizás otra causa, y, aún mismo, algunas fisiológicas.

El error fundamental de los individuos, estriba en creer que, sin leyes que pongan coto a los actos emanados libremente de nuestra voluntad, toda organización social es imposible. No se comprende que el mal que aflige al género humano reside, justamente, en la acción coercitiva de ellas; pues, para que tengan fuerza, preciso es que aparezcan los superiores jerárquicos, y, con ellos, la división de la sociedad en categorías, impidiendo así la existencia de la solidaridad, producto que lo es de la comunidad de intereses y aspiraciones, solidaridad que, de existir, es evidente, haría innecesarias las leyes, pues la tendencia de todos a un mismo fin no puede dar origen a discrepancias ni puede engendrar los choques del presente, resultado de aspiraciones encontradas.

No se puede concebir una sociedad regida por leyes donde todos sean iguales en categoría y en derechos sociales y políticos. ¿Quien podría hacer cumplir una ley sin tener a su disposición la fuerza?

No hay, pues, que creer en la acción benéfica que puedan desarrollar las leyes. Todos los males sociales son de ellas su consecuencia. Y aún en aquellas leyes que en apariencia tengan cierto cariz de bondad, no hay que dejar de ver que, al pretender encauzar las diferentes modalidades de los individuos, tórnanse por este mismo hecho perjudiciales: aún cuando el hombre es, hoy por efecto de la educación, río que podría desbordarse y causar quizás algún daño en la casita del ribereño, mayor sería siempre el beneficio que daría al fertilizar la tierra estéril.

Severo BRUNO.

Bs. As., julio 19 de 1917.

Si una verdad pudiera admitirse tan fácilmente como una tontería, haría mucho tiempo que viviríamos en el mejor de los mundos posibles.

Una buena idea es un gran bien, a condición de trabajarla. Sin el cumplimiento de ésta, aquélla resulta inútil.

Vivir sin ideales es trrocarse en bestia.

Naturaleza es verdad; verdad es ciencia; ciencia es progreso; progreso es bienestar; bienestar es gozar; gozar es vivir; vivir es la ley natural.

DEL SABER HUMILDE

Del libro próximo «De Todo Corazón». Para «Alborada»

...Y aquel viejo harapiento y claudicante; poeta luminado por el sufrimiento para quien el mundo fué ingrato, dijo:

¡Ser bueno! ¡Ah! nunca, ingénuos, os seduzcan
las bondades sin fin de que hacen galas
los que el bien material es lo que buscan
y niegan que las almas tienen alas!

¡Buenos! «No de pan, sólo, vive el hombre»,
y muchísimo menos de migajas...
¡Dale tu brillo al mundo aunque se asombre
seda, que aunque te oprimen no te ajas!

¿Acaso está en la prueba de alimento
—que a conocer te diera alli en feria
aquel «vivo» orador de grato acento—
el poder salvador de tu miseria?

—Arbol que no das frutos, ¿nada vales?
—«Poseo mi fresca sombra de excelencia».
—¡No! Tus emanaciones son mortales,
y tu frescor me roba la existencia...

¡Ser bueno! No lo sois con futileza,
ni con sonrisas, ni apretón de manos;
ni tampoco creyéndoos fortaleza
o diciendo a cada hombre: «sois mi hermano».

¡Ser bueno! No lo sois por haber dado
un poco de lo mucho que os sobrara...,
como no lo seríais sí, soldado,
mataras al hambriento que robara...

No lo seréis por cálculo o cabeza;
que es el deber o cierta compasión,
y engañado vos mismo, y con firmeza,
alegando que os sobra corazón.

No lo sereis cobrando nimia ofensa
de algún triste—quizá de tanto amar—
No lo sereis, porque se vuelve inmensa
la nobleza sin fuerza de olvidar.

¡Bueno! Nombre sagrado, y aplicarlo
a pequeñas acciones no honroso:
pues resulta que a un acto hay que elevarlo
cuando solo se llama bondadoso...

Ser bueno es algo más: es sacrificio;
es el dolor mundial dentro de un pecho;
Jesús, de amor muriendo en el suplicio;
no reconocer Leyes ni Derecho.

Ser bueno, es romper normas de Conducta,
ser de sí mismo èl único adversario;
con el débil estar, en las disputas,
aunque el gesto lo lleve hasta el Calvario;

Tras de la Humanidad amar el Hombre,
y entregarse tan íntegro a ese amor
dándole tanto que no tenga nombre
si resulta preciso a su dolor!

Si eres mendigo compartir tu harapo
—siempre hay otro más mísero que tú—
si poderoso, hasta quedar en trapo,
si eres joven, toda tu juventud!

¡Bueno! Es llevar el alma desgarrada
por los propios dolores y el ajeno,
decir: para mi mal no tengo nada
y dejar yo no puedo de ser bueno!

Es encontrarse en todo con derecho
y no tener derecho ni a un sollozo:
el que en público gime es débil pecho,
¡Y ocultarse a llorar es horroroso!

Ese es el Bueno y mucho y mucho más.
Aquel que sienta así, llámese bueno:
nunca profane el nombre en los demás
sin verlos antes chapalear el cieno!

Montevideo. Silva SERRANO

PSIQUIS

Para «Alborada»

Yo sueño una caricia ni lúbrica ni casta
que colme nuestras fiebres místicas y sensuales;
lo que bebo en la copa del placer no me basta,
y el fastidio me muerde con sus dientes fatales.

Sueño ser el poeta redentor de la casta,
sueño mover las almas hacia sendas ideales;
darles calor, sapiencia; la horrible sima hasta
lo más hondo alumbrar con versos inmortales.

Sueño la austera rima, la sobrehumana ciencia.
Hay un brillo en mis ojos de pasión, de demencia.
Sueño el beso en que sólo gocemos el placer.

El hombre es dios que acaso se ofuscó y no conoce
ahora ni sus dominios, ni las fuentes del goce,
y siente la terrible pavura del no ser!

Montevideo. Julio Garet MAS.

MI PALABRA

Para «Alborada»

¿Os dije acaso que os hicierais sabios
o solamente que os hicierais buenos?
¿Fueron quizá mis cálidas palabras
lamentos de Jesús, llantos de perro?
¿Quise enseñaros ejemplar conducta
y una lección dicté de apocamientos?
¿Os mostré un hombre de honradez per-
[fecta
y sólo visteis prosternado un necio?
¿Abrí un camino en la espesura misma
y me hallasteis a poco en un paseo?
¿Peregrino del bien, rompí la marcha
y me encontrasteis chapoteando el cieno?
¿Os dije acaso que os hicierais sabios
o solamente que os hicierais buenos?

¡Oh, no llegasteis a entenderme nunca!
¡Nunca tuvisteis comprensión de nada!
¡Vuestras conciencias, ni los hechos vie-
[ron
y vuestros ojos, fueron ciegos de alma!
¡Cómo tendríais los oídos, cómo
que deformasteis todas mis palabras!
¡Y qué cerebros tristemente huecos!
¡Y qué oquedades vanamente vanas!
¡Ah, no, supisteis sopesar mis actos
ni palpitasteis el sentido en mi habla:
yermos os parecieron mis vergeles
y mis blondos cabellos sólo plata!
¡No, nó llegasteis a entenderme nunca!
¡No, nada visteis en mi pecho, nada?

Sed sabios si podeis, pero sed buenos,
—es la primera gran sabiduría.
La palabra de amor en vuestros labios
siempre entusiasmo y rebeliones, diga.
Que vuestra probidad siga una recta
aunque alguien piense que eso es co-
[bardía.
Honestos, sí, pero también despiertos,
que auxilios clama la vileza misma.
En lo difícil, tesoneros, duros,
y en todas partes, la cabeza altiva.
Nada os importe lo que grite el necio,
que donde esteis se encontrará la vida...
Y sabios sed, pero mejor sed buenos,
cual lo aconseja la sabiduría.

Se agitaron las sombras en mi torno
y ya mi voz no traspasó los labios.
Se hizo un silencio pavoroso, prieto,
como un temor bajo los cielos acuos.
Cerré los ojos... Me adormí a la espera
de ver surgir a mi palabra andando.
Los mis deseos anhelantes, férreos
a mi esperanza enorme se fijaron....
Mas, ¡oh dolor del despertar! — los
[hechos
evidenciaron todo mi fracaso:
¡solo se oían en el negro ambiente
las canciones de amor de los batracios!
¡Y vibró nuevamente mi palabra...
pero como un tifón sobre mis labios!

Fernando del INTENTO.

EL OMBU

Para «Alborada»

A modo de un óasis del árido desierto
eres en las inmensas pampas ¡oh, protector!
no precisas cuidados: En un prolijo huerto,
como un león rebelde, murieras de dolor.

Aire, espacio, llanuras infinitas,
la brega al sol, el beso del pampero brutal...
Necesitas todo eso ¡oh, árbol! necesitas
desafiar las heladas y el fuego tropical.

Bendición de las pampas! Contra todo elemento
luchas desesperado, alzando al firmamento
tu copa, con un gesto de fuerza y de altivez;

y tus frondosas ramas, como brazos amantes,
se abren fraternalmente a todos los viandantes
enfermos de fatiga y pálidos de sed!

D. FONTANARROSA (hijo)

¡PAZ!

Para «Alborada»

Huestes que, al sonar de los clarines,
Ebrias de venganza, sangre y odios,
Llevasteis, en sangrientos episodios,
la muerte, de la Europa a los confines...

Bárbaros que, ansiosos de dominio,
Os lanzasteis en satánica aventura
Y sembrasteis, en el monte y la llanura,
Desolación, y sangre y exterminio...

Hordas salvajes, ¡más que las de Atila!:
Decid si vuestra causa es causa santa!
Crimen sin cuartel, e infamia tanta,
Ni entre fieras y bárbaros se estila.

¡Haced alto por siempre!... ¡Caiga el velo
Que engendraran el ídolo y el mito,
Ya que el pensamiento es infinito
Y vierte refulgencias sobre el suelo!

¡Corone a quien corone, la victoria
Será el triunfo del crimen sobre el cri-
[men!
Si ni muertos ni vivos se redimen,
Decidme: ¿Para quien será la gloria?

Asesinos de ayer: Hoy, penitentes,
Ungidos de ideal y de infinito,
Escuchad del amor el santo grito,
Y postraos en tierra, reverentes!

Paz!, exclamen las madres amorosas,
Paz!, exclamen los niños inocentes,
Y, a través de los vastos continentes,
Paz!, repitan las tumbas silenciosas.

Suene el grito de: Paz! Sagrado grito!..
Y cúmplase como una profecía!...
Y sea la vida, la paz y la armonía,
Sobre el suelo cubierto de infinito!

Paz a los humanos en la tierra,
Hasta el fin sin fin de los confines!...
Y a la voz de: guerra!, los clarines
Respondan sin cesar: ¡Guerra a la gue-
[rra!

Inclínate, oh soldado!, de rodillas,
Como hiciera en el desierto el Misionero;
¡Y surge otra vez... nuevo guerrero
Redentor de la tierra que hoy man-
[cillas!

¡Sea la paz!... Más, sólo entre el her-
[mano!...
¡Mientras haya cadenas opresoras,
¡Alcemos estandartes como auroras
Por arriba del trono del tirano!

B. de A.

Bahía Blanca.

"LA HEMBRA"

Para «Alborada»

¡... Estaba lindo, no más!... Conque ¿ni aún sabiéndola muerta, sus padres habían querido perdonarla?... ¿Y, todo por qué?... ¿Por qué en un día en que los pájaros se mostraban más cantores, la hierbecita más verde por la humedad, la campiña más florida y el sol de su desperezo, besando lejos, la tierra, ella se había venido a vivir con él?... ¿Por qué había sobrepuesto ese amor suyo tan blanco como lágrimas de niño, como sonrisas de anciano, a ese otro amor paternal que exigía porque sí, ¡nada más que porque sí! sacrificarle su vida... ¿Porque ella en ese amanecer más nunca de sus ilusiones las había querido cumplir, fugándose, talvez entristecida, talvez congojosa,—que a él jamás se lo dijo—pensando en esos cariños que se quedaban allí, esos padres viejecitos con el cabello ya nieve y que soñaban para ella con la corona de reina? Y ahora, muerta ¡no habían querido perdonarla! ¡Que vinieran!.... ¡Que vinieran hasta el rancho... ¡Chá, di-

go!... ¡qué si no se les partía el corazón de pena al verla—flor entre flores—durmiendo en el ataúd; que si no se les partía el corazón de pena al sentir los gritos del hijo recién nacido despertándose en la otra habitación contigua, era como para que él se los partiera... ¡Malhaya!... ¡Malhaya, con esos que se dicen padres!...

¡Es verdad que le habían dicho que si no se casaba la maldecirían! ¡Es verdad que le habían hablado de no ofender a la moral social, a la tradición de familia, a la costumbre, al medio ambiente... a todo aquello que se vive de relumbrón. Pero... ¿por eso valdrían menos sus amores que los habían hecho juguetear en besos y caricias y sonrisas y alegrías, junto mismo a la tierra parturienta, junto mismo al surco recién abierto donde habían dejado caer semillas de trigo, mirados por la luna a la noche, sintiendo ni siquiera su frescura, ni el canto del grillo, el murmurar de los sauces, ni tampoco ninguno de otros mil ruidos que interrumpen su silencio.

¿Es que valía más la moral social, fría, calculadora, chismosa, harapienta siempre el alma, más sucia cuanto más educada, que sus deseos, sus formas, sus corazones a la misma nota de alegría o dolor, sus venas hinchadas por el entusiasmo, y por encima de todo, que esa cálida visión del hijo que tenían tan adentro?

¡La canción del cura! ¡La del Jefe del Registro Civil! Y, ¿para qué, para qué queremos esas sanciones? Hubiéramos sido más felices? ¿más desgraciados? ¡Sí cuando el amor desafía la maldición de los padres és para sentirlo mientras que dura la vida!

—Es cierto—dijo una voz temblorosa desde la puerta. Volvióse Cirilo, sobresaltado y vió parados en ella a los padres de su.....

Los viejecitos, enrojecidos por el llanto los ojos, miraban, temerosos de entrar el cadáver de «la hembra» maldito!

Manuel F. ENCISO

La Plata.

RISAS...

Para «Alborada»

Las hay de expresión triste, ingrata, grotesca; las hay que encierran en sí todo un mundo de falsedades, toda una serie infinita de engaños...

Mirad aquel hombre que lleva en su interior un volcán de llantos y miserias. Miradlo bien: ha perdido todo lo que alegraba sus momentos de dicha y expansión; su corazón está muerto, despedazado... El tenía, como todos los seres, sus motivos de alegría: amigos, madre, compañera, hijos, ideas, todo, en fin, lo que forma el conjunto de una vida. Un día un contratiempo, uno de esos extraños minutos que tienen poder para dar vuelta a un mundo, volcó su sér en el pantano terrible de la desesperación. Desde entonces, desfila por el mundo sin que nada sea capaz de proporcionarle un momento de placer... Pero, sin embargo, mirad a nuestro personaje: ved como ríe, ved como su rostro, desfigurado por el dolor, hace una mueca que simula la risa; ved cómo este raro arlequín se acopla a la mascarada universal que ríe siempre con la satisfacción de la inconsciencia...

Y aquella mujer que continuamente ha sido manoseada y ultrajada por todos los hombres? Miradla bien: es la eterna vendedora de sonrisas, sonrisas que, a veces, se han transformado en carcajadas en medio de una orgía, y otras en llanto cuando, después de entregar su cuerpo al que la ha contratado, en lugar de la caricia final, encuentra la mano brusca que cae sobre su cansada mejilla, pagando en esa forma su eterno afán de servir de instrumento de placer, de dar amores a cambio de desprecios. Sí, miradla desfilar. Aún no ha olvidado la risa. Y ahora, cuando ya se vé obligada a extender la mano en solicitud de la limosna, todavía lo hace con una mueca horrible que quiere transformar en risa!

Y, ¿no habeis sentido nunca la carcajada brutal del satisfecho del har-

to, del completo, del que ha dedicado su vida a gustar todos los placeres que sus pesos y su carácter le permitieran? ¡Ah! La risa del satisfecho! Es la que más daño hace a los espíritus sensibles; es el eterno insulto dirigido por los imbéciles contra el ensueño de los poetas, de los quijotes, de los cristos que atraviesan la vida sin tiempo para poder reirse, con su cruz al hombro y sin que nadie intervenga para tratar de endulzar sus penas, aclarar sus negras noches sin amores, poner una nota alegre en esos días trágicos en que desfilan por su mente todas las miserias humanas condensadas en veinte siglos de explotación y de engaños...

¡L risa del satisfecho! Cuando llega a mis oídos, estropeados por todas las carcajadas escuchadas durante mis treinta años de dolores y de penas, la risa imbécil de ese enfermo moral, de ese lisiado del pensamiento, experimento algo así como la sensación de una puñalada dada a mansalvá sobre mi pobre corazón enfermo!.....

... ...

Reíd, reíd, eternos arlequines! Esconded en vuestra risa toda vuestra tra miseria moral! Reid, vosotros los que sois capaces de sentir caer el látigo sobre vuestras espaldas sin que el dolor sea capaz de transformar la risa en crispaciones nerviosas! Reíd, rameras, que habeis olvidado o no habeis conocido nunca el sentido de la vida! Vuestra risa será para mi lo que la nieve para un campo sembrado de floreciente trigo: no me vigorizará: rá agostando mis fuerzas. Pero nó, buscaré en las lágrimas la energía y el consuelo que no podrían darme vuestra falsa risa!

TABARE

Rechzarás el fetiquismo de los que besan la orla de tu manto como quién besara c carne viva: trátalos como a perros, orque son perros.

ALMAFUERTE

Evangélic CXVI.

COMO TANTAS...

Para «Alborada».

Tiene veinte años. Pasea por el arroyo su cuerpo menudo y ágil con un pasito corto y ligero que hace temblar sus senos de puntas agresivas. En su rostro se ha estucado la palidez, obra del silencio de interminables noches, pasadas junto al círculo amarillento que traza la lámpara. Sus ojos grandes, cargados de negro, inmensamente abiertos, sostienen una mirada larga; y al descender los párpados se entornan, como el plegarse de las alas aterciopeladas de una mariposa, posada en el cáliz de una flor.

Y pasea por el suburbio, ostentando, feliz, sus veinte años que, en su alma, son como una primavera florida — resuelta, altiva y orgullosa, de no caer, como tantas otras, a las que, ella, confecciona ricos vestidos de seda.

Las noches, en su hogar, son serenas y de una dulce tranquilidad. La madre se adormece sintiendo el tric tric, tric tric, vertiginoso de la máquina de coser. Y, ella, permanece hasta muy tarde con la costura, por donde revolotean sin tregua, sus manos inquietas como toda ella, y breves y blancas, y delicadas como un encaje; a veces se escorza, con un vago gesto de cansancio, mira a su madre que duerme, y torna a seguir trabajando, distraída su mente por el sordo murmullo del bajo fondo que llega hasta ella como el zumbar de un insecto.

Una noche, negra, larga y fría, la buena viejecita que, con sus cálidas caricias sedantes, la llena de una inefable dulzura, cae gravemente enferma; y a esa nocha, se sucede otra, y otra ¡y siempre peor! Ella tiene que abandonar el trabajo y velar constantemente junto al lecho de la enferma.

El poco dinero ahorrado se fué. Y ve como en las sombras espesas que se amontonan por los rincones, la miseria hace una mueca horrible.

El doctor, un buen hombre filántropo, presidente de una sociedad benéfica, ex-

tendiendo la mano llena de billetes, le hace una ruin proposición. Ella, la rechaza indignada, y tiene una mirada dura y retadora que desarma la audacia del facultativo. Días después, llena de repugnancia, transige; y siente como unos besos afiebrados, unos labios húmedos de baba ardiente, se sacian en su cuerpo virgen, que está helado y tiembla de asco, mientras que a través de sus párpados, cerrados por el espanto, imagina ver que una sonrisa larga y agria, corta las sombras que se arrastran por los rincones.

Y una noche interminable, negra y fría, la muerte le llevó la madre.

Y ahora, pasea por el arroyo sus veinte años, ajados como la flor que se marchita al borde de un vaso. Camina lentamente, y parece que su cuerpo, se haya adelgazado por un violento deseo de sutilizarse. Los ojos se han ennegrecido a tal extremo, que mirarlos desespera. Su mirada se prolonga una eternidad y, cuando los párpados se entornan, dilatan una sombra violácea por las mejillas demacradas y angulosas. En la boca se ha estereotipado una sonrisa de amargura infinita...

Ya no tiene más orgullo, ni es ligera, ni grácil, ni esbelta; y sus veinte años, en su alma, son como el fin de un otoño. Pasea por la calle envuelta en los tintes bermejos del crepúsculo, semejante a una sombra mala.

El buen doctor que asistió a su madre, le ha firmado la boleta de higiene que le permite trabajar como prostituta.

Abel RODRIGUEZ.

Rosario 1917.

La Mala Canción

Abrumado de penas, de sombríos pesares
que cual canes hambrientos me asaltan a millares
en mi vida tediosa sin rumbos y sin amor,
Yo ambulo por las noches desoladas y frías
romero taciturno de mis melancolías
que riman las angustias de un acerbo dolor!

De un dolor lacerante que no me deja nunca,
Que amarga mis pesares, que mis ensueños trunca
y envenena las flores de mi inquieto rosal;
el que ungiera la frente del grande Nazareno,
de Sócrates, de Bhuda, de todo aquel que es bueno
y cruza bajo el ala de la Fraternidad.

Porque todo el que nace para ser Caballero,
Apóstol de una idea, Quijote o Misionero
que señale a los hombres un camino de luz,
la muchedumbre ignara que no sabe lo grande
que su alma noble encierra, que su cerebro expande,
lo tomarán por loco cargándole la cruz.

Por eso yo, que siempre sembré con ambas manos
el bien entre los hombres para que como hermanos
volvieran a la vida del edén terrenal,
igual que un Job maldito me veo solitario,
y acaso sea el Gólgota de mi negro calvario
una sala sombría de un siniestro hospital.

Mas no iríais triunfantes, eternos fariseos!
Jamás he de imploraros que me deis Cirineos
que aliviaren el peso de mi triste vivir,
pues con todas mis penas, yo sé sentirme grande.
y hacer de ellas peana más ingente que el Andes
y allí plantar mi tienda cual torre de marfil.

———

¡Aunque no! Yo no puedo con gesto indiferente
ver que hay seres que sufren ignominiosamente
Porque así lo dispone la absurda sociedad,
tantas veces odiosa como prostituida;
que rinde culto al crimen, que envenena la vida
de todo aquel que nace no exento de bondad.

———

Será esto anacronismo para los super-hombres
fatuos, engalanados de oropelescos nombres:
Zaratustras apócrifos que no alcanzan a ver
que el gran predicador de mil cosas extrañas,
cansado de estar solo, bajó de sus montañas
para calmar las manos tendidas hacia él.

———

¡Oh, no! Yo amo a esos seres de encallecidas manos,
de indumentaria astrosa... Les juzgo mis hermanos
al saber sus tristezas, su inefable dolor...
¿Qué importa, pues, que rían de este mi quijotismo
los viles fariseos? Yo he de seguir lo mismo
predicando a los tristes el verbo redentor.

———

Por eso que en las noches cuando vago angustiado
por no sé qué tristeza, y pasan a mi lado
diciéndome las penas de su amargo vivir,
yo siento que en mi pecho como sorda protesta
estalla un odio santo contra la infamia esta
que condena a los hombres a un eterno sufrir.

———

V. Santos de PEÑAFIEL

FRENTE EL SILENCIO...

Para «Alborada»

Me place ir a la orilla de un lago solitario
Cual ruiseñor errante mi lira allí templar,
Verter en el silencio. mi númen libertario
Mi númen que rutila. cual místico soñar.....

La pálida silueta de un viejo campanario
Dibujarse en el lago, do se iban a bañar.
Las ninfas de los bosques de un sueño imaginario,
De un sueño que a mi mente le place recordar...

Entre el silencio augusto, tañendo una campana
Le dá la bienvenida, me dice: soy tu hermana.......
El eco que despide en su rítmico soñar.
Se pierde en lontananza,.... cual lánguido lamento......

Y en su vibrar, revela el intenso sentimiento
De mi alma, que doliente, hacia el cielo echa a volar.....

Rubén Alba SPIRA

Montevideo, 5 de 1917.

PENSAMIENTOS

Para «Alborada»

Casi todos los factores del progreso social tienden a una moralidad nueva, llena de luz y de vida, como el fenómeno físico-químico de la cohesión atómica, concurre a formar los cuerpos...

Inútil la fuerza titánica de aquellos «mantenedores del orden» y de la moral atávicos!

El arado y el surco: he aquí el símbolo del trabajo libre y fecundo aprisionando los arcanos más profundos de la Vida!... Mientras tanto, laboremos en las masas la moral futura.

Antes de elevar himnos al «trabajo dignificador» deberíamos rehabilitarlo, sacarlo del lodazal inmundo en que yace, purificándolo...

Mientras esto no sea una realidad efectiva de la vida social, muchas de las más bellas páginas escritas a este respecto, serán utopías hermosas, cuando no hipocresías absurdas.

Desechemos las fórmulas y códigos viejos!

El progreso es de la evolución, de la transformación constantes, eternas...

Nada se crea, pero todo se asimila!

Derrumbando los obstáculos que nos alejan del infinito, asimilemos la vida a nuestra moderna psicología.

La vida sin objetivo en las humanas valorizaciones es la negación absoluta de la individualidad: símbolo del automatismo orgánico.

No queremos esas débiles flores que dieron, ridiculamente, en llamar virtudes; queremos justicia! Tampoco anhelamos manos compasivas o piadosas, sino manos amorosas y equitativas.

Nuestro planeta, desde hace varios millones de años vive soportando erupciones, sufriendo conmociones, catástrofes innúmeras, todas las calamidades imaginables, llegando por estos accidentes a una relativa perfección.

¿Debemos, acaso, admirarnos de que en las humanas ideologías subsistan las mismas eclosiones, análogas leyes de evolución para la trasmutación de los valores sociales?

¿No consiste en esto nuestra relativa perfección?

Eternamente, por siempre jamás, como obsesión, ante los ojos deslumbrados de la humanidad, se presentarán los derroteros como una interrogante rodeada de puntos suspensivos...

E. BARBIERI.

EL ATORRANTE

No es mendigo, ni sabe hurtar o agredir. No es el «mal hombre», rondador de todos los banquetes, testigo de todos los holgorios mudo y mortificante como una sombra de nuestra conciencia que se hiciera de pronto ser tangible y persiguidor. No, no es el mal hombre de Lucién Descaves. Si le alargaran como a aquel una moneda, no sabría fulminar con la mirada al misericordioso. Producto genuino de la cosmópolis, se diferencia tanto del vagabundo gorkiano, como un labriego de un jornalero de fábrica.

Observémosle cuando ambula las manos tomadas atrás, el paso rastrero, tardo, inseguro. Su actitud, de valor típico, reclama entonces el objetivo.

¿Quién no lo conoce así? En las aceras de las calles atorbellinadas, donde la premura de los seres se justifica con perspectivas de afan, de rapacidad, de concupiscencia, el atorrante es el único que no tiene prisa.

Y con todo, goza de un privilegio: el paso libre. Para el callejero refle-

xivo, escaso entre la turba, constituye la más torturadora de las interrogaciones. ¿Qué desconocida suficiencia intelectual lleva a ese vago sui génesis a la inconsideración más llana de cuanto al prójimo incita y a veces azuza hasta el delirio? ¿Es él un insensible, un apático, un lamentable imbécil?

En el caletre del descubridor, la perplejidad concluye trazando un enorme cero.

La «foule», si juzga al personaje, lo hace con más facilidad: como que cada individuo tiene su preconcepto... Y no podría ser de otro modo. No se está en plena calle, y negocios de por medio, para disquisiciones de gabinete.

¡Paso al atorrante!

Como ante el féretro de Carolina, en la dolora de Campoamor, cada cual piensa a su modo.

La dama de perifollos. — ¡Qué asco!

Los seres tímidos. — ¡Qué miedo!

El sabihondo. — Un caso.

El delincuente. — Un colega sin historia.

Los cándidos. — ¡Qué raro y feo!

El buen hombre. — ¡Pobre infeliz!

La beata. — ¡Un maldito de Dios!!

El pesimista. — Un dichoso.

El novísimo psiquíatra. — Un abuliado. (Aquí debe comprenderse un enfermo de la voluntad).

El mismo, en distinta ocasión. — Un disgregado errotómano. (Aquí debe entenderse un inconsciente, que vaga).

El pisaverde... hace que no lo vé.

El acaudalado. — Un haragán.

El sociólogo. — Una célula enferma, del cuerpo social. Es menester curarla.

El determinista. — Un producto del medio.

El juez. — Un inútil que pide la eliminación.

El revolucionario. — Una injusticia social que pide venganza.

Pero, a todo esto, el atorrante sigue su marcha, lerdo y rastrero el paso, las manos tomadas atrás o cogiendo al desgaire el gran trozo de arpillera que al entrecubrir sus harapos, flota a modo de túnica imperial.

Se dijera la personificación de un pensamiento demasiado profundo para ser comprendido.

Con todo, su serenidad suele motivar dos estados de ánimo extremos: en quienes lo execran, la grima; en quienes lo compadecen, la admiración.

Edmundo MONTAGNE

Algo sobre el impresionismo

Para ALBORADA

Querido amigo:

Me complazco en contestar a su pregunta sobre el «Impresionismo».

Impresionismo es el nombre con que se ha dado en designar a la libertad de ejecutar la obra de arte, no ateniéndose el artista a fórmulas, obrando bajo el impulso de la emoción recibida y sin detenerse en el análisis.

No es el Impresionismo una escuela, como muchos creen ver: no tiene métodos precisos. Para mi, es la gran verdad moderna conquistada en el terreno del arte. Señala nuevos horizonte, abre nuevos caminos y nos dá con ello nuevas manifestaciones de la belleza.

Este moderno ideal, con todas las exageraciones y demasías, imperfecciones y rarezas propias de la infancia; pero generoso, altruísta y de gran empuje, por lo que es también más sincero y más humano, no lleva al artista al amaneramiento. Colocado éste, constantemente, frente a la Naturaleza,—no incubando sus obras en el fondo del taller como los «maestros»—su obra es hija siempre de la emoción experimentada y de lo que él mismo ha vivido...

Los espíritus «ferruginosos», refiriéndose al Impresionismo, afirman que se trata de una canallada estética, cometida por jóvenes incapaces. Igoran que los más grandes impresionistas que hemos tenido y tenemos en esta época, son los que se impusieron un largo período de estudio, un cuerpo

a cuerpo con todas las formas de la Naturaleza, no ya para sorprenderlas, sino para ser personales, para vivir la vida presente, tal cual nosotros la vivimos y traducirla en obras, y no inspirándose en la de los pueblos ya muertos. Quizás por esta misma razón, el impresionista, es, más que todo, un instintivo, un ingénuo que vive fuera de cualquier concepto de escuela, odia las definiciones y las fórmulas, se olvida casi de la técnica y el estilo, más se nutre de sentimientos que de las formas, es siempre expontáneo y gusta de la síntesis y sus obras no adolecen de la rigidez académica porque construye siempre bajo el impulso de la impresión directa. Y todo esto lo manifiesta como el ruiseñor canta; y si se le pregunta por sus teorías, responde que le dejen trabajar libremente.

Por lo demás, no se adapta al manoseo de los asuntos históricos, mitológicos, fantásticos y anecdóticos. Más humano, trata las costumbres, los movimientos, las pasiones, las figuras que vé todos los días; sus personajes los estudia en su mismo ambiente. Por eso, es más sobrio, más sintético y expresivo. Busca traducir lo esencial. Le preocupan los mundos interiores, el fondo de cada ser. Odia lo superficial y fotográfico. Al presentar su obra, puede decir al expectador: ésto es lo que yo siento ante la Naturaleza. Y no: esto es lo que yo sé hacer, como dicen los artistas «chic», que gustan del tecnicismo, ese artificio «aprendido», y que le es tan querido a esa vieja madrastra de la Academia, la que protesta y chilla porque ella también reclama su puesto y quiere persistir, invocando el derecho de prioridad.

Querido amigo, éste es el concepto que tengo del Impresionismo.

De Vd. atte.

Riganelli AGUSTIN

Bs. As., julio 23-1917.

Los mitos de Prometeo

El hombre antes del fuego - Descubrimiento del fuego, sus creaciones y sus obras

Moisés, ante Faraón, arroja al suelo su vara, que se trueca en serpiente. La imaginación humana, ha realizado un prodigio mucho mayor, sacando de un palo el tipo de Prometeo. La ciencia moderna de los idiomas y de los mitos, ha revelado esta asombrosa genealogía. Antes de arrebatar el fuego del cielo, el Prometeo de Hesiodo y de Esquilo, en gérmen bajo un tallo de higuera, lo había extraído de un agujero practicado en un disco de madera de abedúl.

El descubrimiento del fuego, ha sido la era inicial de la Humanidad. Cierto día, del período cuaternario, un hombre, agitó ante su tribu estupefacta, un tizón que él mismo había logrado encender, y que podía volver a encender siempre que se le antojara. La fecha de ese día, si fuese conocida, sería la del advenimiento del género humano al reino de la Creación. El hombre había hecho descender al sol hasta la tierra, ya era dueño del calor y de la luz. Adán había arrancado la espada de fuego al Angel que velaba en el umbral del Paraíso; ya podía, a partir de aquel instante, entrar en lucha contra la Naturaleza, seguro de vencerla y de avasallarla.

¿Quién podría decir lo qué era, sin el fuego, la feroz y mísera existencia del hombre? Habitante de una caverna vacía o de una choza de ramas, toscamente entretejidas, tenía que recogerse al llegar la noche, que le envolvía por completo. Y allí yacía bajo el sudario de las tinieblas, con el oído alerta a las amenazas y alientos y de rumores, venteando el olor de la bestia furiosa que rondaba en busca de su cubil usurpado. El invierno helaba su semidesnudez tierna y lo sumía en un abotamiento doloroso. Por alimentación frutos o carnes sangrando, que mantenían en

él los apetitos del canibalismo. A falta de la presa que se le había ido, seguramente saciaba el hambre sobre un semejante suyo. Por vestidos, taparrabos de hojas o pieles de alimañas desolladas. No más armas que la rama sin aguzar, tal cual el árbol la suministraba, o el hacha de pedernal tallada por los rayos. Sin embargo, carnívoros gigantescos frecuentaban aún, al par que él, las obscuras selvas de arces y de coníferas. Y el hombre estaría desnudo, en medio de un mundo armado y acorazado formidablemente, y veíase cercado, pequeño y débil, por aquellas enormidades devoradoras. La Naturaleza había sin duda destruído, al menos parcialmente, a fuerza de cataclismos, los monstruos concebidos en el celo salvaje de su formación; el Saturno de las edades caóticas consumió, también, a sus hijos. El Ictiosauro, provisto de ciento ochenta dientes, y que hacía girar sus ojos tan grandes como las ruedas de un carro; el Plesiosauro, que sacaba de su caparazón, análogo al de una tortuga, un cuello largo como una boa desenroscada; el Pterodáctilo, amalgama horrible de reptil y de murciélago; el Dinoterio, elefante gigantesco, con los colmillos retorcidos hacia abajo como los de los mastines y los de las morsas; todos estos seres colosales e incoherentes habían desaparecido con los terrenos que los sustentaban y con los climas que les permitían vivir. Pero otros animales contemporáneos del hombre, fueron presentándose: unos, de construcción casi maziza, los otros, cien veces más temibles, eran los que sólo comían carne de seres vivos, desdeñando las hierbas y las algas. Así eran el Mamut lelludo, el Rinoceronte de nariz hendida, los grandes felinos de los cuales sólo son menguados bastardos los tigres y los leones de hoy, el Oso de siete pies de altura, la Hiena voraz de las espeluncas, el gran gato con un diente en forma de espada, el Auroc que aún arrastra su longevidad decrépita por los bosques de Siberia, el Silvaterio, ciervo desmesurado cuyo testuz, provisto de cuatro enormes cuernos divergentes, presentaría el aspecto de un cedro ambulante. Pequeñísimo al lado de estos colosos aplastadores, incapaz de atacarlos o de domarlos, el hombre huía de ellos confundiéndose con la multitud de animales inferiores. Con ironía aún más elevada Jehová, hubiera podido formular a este Job de la Naturaleza, las preguntas que dirigió al enfermo de la Idumea: —«¿Querrá servirte el búfalo?—¿Se prestará a pasar la noche en tu establo?—¿Intentará atacar a Behemot (1) frente a frente?—¿Probarás a cojerlo en tus redes y a perforarle la nariz?—¿Extraerás a Levitán con un anzuelo?—¿Le oprimirás la lengua con una cuerda?—¿Pactará contigo?—¿Se comprometerá a servirte de por vida?—Atrévete a poner siquiera la mano sobre él.—Y no soñarás en volver a combatirlo».

Surgió el fuego, y una mutación visible y prodigiosa se operó en el drama de la Creación. El hombre que era su esclavo, convirtióse súbitamente en el rey. Rompe la cadena que lo amarraba a la humanidad, y ella, desde entonces la arrastra esclavizada por su nuevo amo. Ya las fieras no se atreven a aproximarse a su antro: el fuego lo defiende como dragón flamígero. Ya la crudeza del invierno no le hiela el cuerpo; la antorcha le abrevia la interminable duración de las noches. Ya no vuelve a devorar carne cruda, ni tritura más huesos para sorber el tuétano; lo que que aún conserva de carnívoro en su alimentación, el fuego lo atenúa y lo purifica; los miasmas contagiosos de ferocidad que subsistían en la carne, se evaporan mediante la cocción. Derribando los grandes árboles a los cuales destruye por la base, el Fuego, arroja a los piés del hombre los postes y las vigas que servirán para construir cabañas; ahuecando los troncos despojados de ramas, fabrica las pi-

(1) Animal furioso del cual habla el libro de Job.

raguas que surcarán las olas. El agua que el hombre bebía tumbado de bruces sobre la húmeda ribera, ya puede acarrearse del río, en el ánfora de decilla endurecida al calor de una hoguera. El mundo de los metales, fundido por el fuego, le brinda un arsenal al par que un tesoro. De allí extrae puntas para las flechas que herirán a distancia *a la presa que no estaba al alcance de sue piés*, y la espada, que añade un brazo de bronce a su fuerza y que derriba al bruto indomable. Los hierros pacíficos de los instrumentos de trabajo surgen al mismo tiempo del yunque que marca la era del *mundo transformado*: reja del arado que hará brotar al trigo, la laya, que fecundará la gleba, el martillo que modelará los utensilios, el freno que domará al caballo enganchado al carro o montado por el ginete.

..El cazador nómada, el pastor errante, tienen en lo sucesivo una estrella fija que, al declinar las tardes, desde el fondo de los bosques o en el horizonte de las lejanas praderas, los llama con su luz y les promete calor. El fuego inicia a la mujer en las artes y en las industrias domésticas; el «ruído» de su torno tiene por acompañamiento suaves chisporroteos. En el círculo proyectado por los trémulos reflejos de la lumbre, transfigúrase la mujer. Los fulgores ígneos prestan corona a su belleza; las rojeces de la llama subsisten en las mejillas de las vírgenes coloreándolas con los tonos del pudor. Hembra hasta ayer, conviértese en hija, en hermana, en esposa, en madre, en dueña de la casa. El hogar que la obedece, la exalta y hace de ella su reina.

Existían en otro tiempo adivinaciones por el humo del fuego de los sacrificios; su dirección era un indicio profícuo o funesto; en el humo mezclábanse las imágenes flotantes de las cosas por acaecer. Si algún adivino de este género de augurios hubiese existido en las edades primitivas, ¡cuántas visiones y cuántos prodigios hubiese visto voltejear en las humeantes espirales de la primer hoguera!

Los surcos llenos por ondulantes espigas, los navíos deslizándose sobre las olas, un torbellino de guerras desencadenadas, trofeos de lanzas y de espadas, de hoces y de frenos, las armaduras y las estatuas vagamente modeladas, los vasos de infinitas formas y de todas materias... y hubiera podido todavía ver las familias congregadas en torno del hogar, las *«ciudades» surgiendo de la tierra, con sus atrincheramientos* y sus torres.

...Sin embargo, ¡cuántas ansiedades y espectaciones y cuántos esfuerzos antes de conquistar el elemento celeste, de obligarlo a fijarse sobre la tierra, de hacerlo un dios y un servidor *irresistiblemente* evocado! El hombre lo veía resplandecer en el sol, fulgurar y serpentear en el relámpago, estallar en las erupciones volcánicas y en los incendios espontáneos de los bosques; lo sentía circular en ondas invisibles en la atmósfera de los días abrasadores. Pero el astro era inaccesible, el relámpago era impalpable, el volcán se extinguía después de haberse desbordado, la selva ardía sin cambiar de sitio y quedaba reducida a un montón de cenizas; el calor de que estaba impregnado el aire se evaporaba en el espacio. Tántalo del mar de fuego que bañaba al mundo, el hombre se estancaba o se agitaba entre aquellas olas, sin poder recoger la única gota que lo hubiera sacado de los horrores de la vida salvaje.

Ese fuego caído del cielo con el rayo, que se hundía en la tierra, que aún se sentía palpitar entre la lava y las escorias enfriadas, seguramente penetraba y se escondía en alguna parte. Así lo pensó un día el hombre primitivo. El rayo fugaz se evadía sin duda, y escapaba a sus persecuciones, refugiándose en la substancia de las cosas que destruía. El bosque, sobre todo, que frecuentemente se inflamaba por combustión espontánea, debía de ser su ocultador habitual. La industria humana se aprovechó de este indicio: durante mucho tiempo se frotaron dos ramas secas, una contra otra, y brotó la llama. Pero la operación resultaba lenta, a veces inútil; cansaba la paciencia y las manos del operador. Los arios, pa-

dres de nuestra raza, descubrieron un instrumento nuevo. Consistía en una rodaja de madera agujereada en el centro, se hizo girar rápidamente un palo, en sentidos contrarios, dentro de la abertura practicada en mital del disco, y ya, esta vez, el fuego se encendió sin intermitencias; y, desde entonces, contestó dócilmente a todos los llamamientos.

Paul de Saint-VICTOR.

(Continuará).

NOTAS TEATRALES

En todas las manifestaciones artísticas, unas de las causas que con más eficacia contribuyen a acentuar su decadencia, es sin duda, la excesiva abundancia de producción, y por ende, el abuso muy frecuente de los mismos argumentos.

El teatro nacional es uno de los que más sufre por estas causas. Las mayorías de sus colaboradores escriben, no inspirados por una necesidad del espíritu, para exteriorizar nobles aspiraciones, sino con el afán exclusivo de tener buenas entradas, resultando que a medida que trascurre el tiempo, conviértese esto en un oficio, en el cual se es mejor remunerado, que en otro manual cualquiera.

Este es el motivo que hace que pocas y contadísimas, sean las obras que merezcan tal calificativo, y que a pesar de los interminables estrenos sean también, contadas las novedades que en el orden artístico permitan la intervención sana y noble de la crítica.

La nefasta influencia del teatro exótico y otras especialidades que no tienen de arte más que el servirse siempre de los mismos asuntos, caracteres y figuras, no sólo están pervirtiendo su verdadera misión, sinó también estragando y corrompiendo el gesto del público y la educación del pueblo, contribuyendo — por la explotación y negocio — al descuido del elevado cultivo del arte nacional mil veces superior a esos repugnantes exotismos inmorales en los que intervienen siempre figuras excesivamente cómicas.

Los últimos estrenos efectuados durante la quincena en los teatros San Martín y Argentino, demuestran de una manera rotunda y categórica lo que dejamos dicho.

«Blasones del Plata» de José A. Saldías y «El Mascotón», de E. García Velloso, no se diferencian en nada, de todas las muchas producciones de que han sido inundada la mayoría de nuestros escenarios durante la presente temporada. En todos ellos, nótase los mismos episodios, el insípido diálogo, las mismas inverosimilitudes, triunfando siempre la chavacana hilaridad y la ridiculez de una risa inconsciente. Obras todas metamorfoseadas distintas veces. No obstante el fracaso moral y artístico de la mayoría de nuestros autores, produciendo obras incoherentes, algo bueno queda, y que con justicia tócanos señalar, ya que por razones ajenas a nuestros deseos, no nos ha sido posible ócuparnos detalladamente; esto es, el justo y franco éxito obtenido por la compañía Podestá-Quiroga — al estrenar la obra en 3 actos de Emilio Beriso, «Con las alas rotas». — Obra ésta que con justicia débese anotar en su haber el teatro Nacional.

E. M. M.

NOTAS

A pedido del autor, dejamos constancia de que un pensamiento que apareció en la pág. 13 del número anterior, pertenece a un trabajo de Cándido Moreno.

Se nos solicita que, a título de aclaración, hagamos notar que hay alguién que hace uso del seudónimo «Eros», el mismo del que escribe «Una carta de amor» en el número antes citado. Valga esta nota.

Corresponsales

Montevideo: J. S. Serrano, Rivera número 2017.

Rosario: López de Molina, Montevideo 2636.

DE ADMINISTRACION

A los que tengan cuentas con esta administración, les pedimos se pongan al corriente, pues no queremos tener que dejar de publicar la revista por atrasos en la remisión de fondos. Toda correspondencia diríjase a Humberto 1.o 1175.

AGENTES

Arribeños: Arturo Villaseca, Librería y Peluquería.

Montevideo: José Rey, Poste Restante.

Colonia: Nicolás Maddalena, Colonia número 2015.

Rosario: Mariano Ferrer, Alvear 783.

Campana: Luis Del Greco.

Punta Alta: J. M. Ramos, 25 de Mayo 430.

Bahía Blanca: A. Corrales, (Kiosco), Colón y Chiclana.

Ingeniero White: Feliciano Carrero, Casa del Pueblo.

Tafí Viejo: R. Ayguabella.

25 de Mayo: Cruz Orellana.

Santiago del Estero: Gregorio Quiñones, Río Negro 148.

San Cristóbal: Angel Cerrutti.

Laguna Paiva: Agustín Fernández.

Baradero: Tomás Bautista.

Mechita, (F. C. O.).: Aquilino Ornezabal.

Sarandí: Martín Gamíndez, Avenida Mitre 2921.

Berazategui: José Iglesias.

Quilmes: Antonio Pérez, Olavarría 235 Prolongación.

Coronel Suárez: José Kovaes, B. Mitre 210.

Ensenada: Augusto Piris, Río de la Plata 555.

Salta: Leopoldo Valero, Corrientes número 694.

Necochea: Patricio Carreras, Centro E. Sociales.

General Pico: Juan Ferrini.

Zárate: Norberto Insúa, Avellaneda número 76.

Mar del Plata: M. Prieto

PUNTOS DE VENTA

«La Protesta», Humberto I.o 1175.

Carolina Venegoni, Ventana 3872.

Ateneo R. V. Crespo, Alvarez 837.

Ateneo Obrero de Almagro, Estados Unidos 3719.

Domingo Marciante, Inclán y Luca, (Librería).

Elvira Fernández, Estados Unidos y San José, (Librería).

Y en todos los Kioscos de la capital.

ALBORADA



Suscripción por trimestre ...... $ 1.00

Correspondencia: Humberto I. 1175